

promoción humana, social y cultural, en España y en el mundo.

De otra parte, cabe recordar que hay muchas *formas* de llevar a cabo la *misma* y única misión de la Iglesia, y de vivir los acentos pastorales que los signos de los tiempos anuncian. Entre ellas está el apostolado de los cristianos individualmente, como lo está un convento de contemplativas, o el trabajo esforzado de una madre de familia: ¿cómo «coordinar» todo esto? Lo que está en juego aquí es el concepto de misión y sobre todo las diversas formas en que todos en la Iglesia participan de esa misión.

En fin, es discutible identificar sin más la Iglesia local con las estructuras jurídicas de la diócesis. Ciertamente, las estructuras parroquiales o diocesanas son el lugar habitual del laico con vistas a su crecimiento en la fe, maduración apostólica, celebración de la liturgia, actividades de evangelización, etc. Pero el lugar del laico para ejercer su responsabilidad evangelizadora no son necesaria y únicamente las estructuras pastorales diocesanas tal como se las entiende en el libro, sino la *Iglesia local*, realidad más amplia y abarcante. Habitualmente los fieles cristianos procuran realizar su apostolado en los ambientes de la vida social ordinaria. Esto último es precisamente lo propio de los laicos, siendo ésta una tarea situada tan «intra Ecclesia (local)» como las tareas que han venido a llamarse «intraeclesiales». Por otra parte, en lo que respecta a los fieles del Opus Dei, su pertenencia a esta Prelatura personal es de hecho compatible con la participación en las estructuras diocesanas.

En definitiva, si los análisis que recoge de la situación española son sugerentes y la teología del laicado que maneja el autor es de buena factura, no podemos en cambio compartir su compren-

sión de la misión y las formas de participar en la misión.

Ramiro Pellitero

Carmine DI SANTE, *El Padre nuestro. La experiencia de Dios en la tradición judeo-cristiana*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 245 pp., ISBN 84-88643-39-X.

La finalidad de este ensayo, se nos dice en la Introducción, «es transcribir de nuevo, en el registro del lenguaje conceptual, la experiencia radical condensada en el símbolo del Padrenuestro, reconstruyendo el horizonte de sentido que en él se objetiva y se expresa inmediata y pre-temáticamente, para el orante y el creyente. Esta reconstrucción se hará en diálogo profundo con la tradición judía de la que depende sustancialmente la oración del Padrenuestro, tanto desde el punto de vista expresivo-literario como del teológico espiritual» (p. 8). Nada mejor para describir este libro que estas palabras iniciales, pues el autor presenta con ellas un programa que seguirá fielmente en cada una de sus páginas.

Es obvio que el Dios a quien Jesucristo llama su Padre es el Dios del Antiguo Testamento. Resulta también obvio que la forma en que Jesús lo invoca como Padre introduce una radical novedad en el Nuevo Testamento con respecto al Antiguo Testamento tanto en la concepción del misterio de la vida íntima de Dios como en la concepción de su relación con los hombres. En efecto, las palabras de Jesús llevan unida inseparablemente la enseñanza sobre el misterio trinitario, que es una cuestión en la que judíos y cristianos discrepan, como es lógico, a pesar de que ambos adoran al Dios de Abrahán, de Isaac y de

Jacob. La paternidad divina sobre el hombre adquiere una nueva dimensión en Cristo: ya no se trata de que Dios se porta con el hombre con el amor de un padre y de una madre, sino de que realmente somos hechos hijos de Dios en el Hijo por el Espíritu Santo.

En este libro, Di Sante se fija especialmente en la continuidad existente entre la oración del Padrenuestro y la oración veterotestamentaria. El A. es, quizás, una de las personas más indicadas para comentar el Padrenuestro desde esta perspectiva. Di Sante, especializado en Ciencias Litúrgicas y en Psicología, trabaja actualmente en el *Service International de Documentation Judéo-Chrétienne* de Roma para el diálogo cristiano-judío.

En su ensayo, Di Sante sigue ordenadamente las peticiones del Padrenuestro, prefiriendo adentrarse en consideraciones filosóficas y psicológicas a recurrir a los comentarios de la tradición cristiana. Basta ver la frecuencia con que se cita a E. Lévinas o a M. Buber, frente a la ausencia total de citas de los Padres griegos y una cita de Gregorio Magno y otra de Tertuliano en el ámbito latino. Más que una descripción de cómo se ha vivido la experiencia de Dios en la *tradición* judeo-cristiana, el libro consiste en una presentación del Padrenuestro en un horizonte de sentido en el que se pueda comprobar el parentesco existente entre la tradición judía y la tradición cristiana, convirtiéndose así el estudio del Padrenuestro en un comentario personal del autor, que tiene muy presente la situación contemporánea.

He aquí un párrafo elocuente del enfoque de Di Sante: «Para el hombre bíblico, cuya experiencia radical se objetiva en el Padrenuestro que las páginas de este ensayo han comentado, ese *tertium* que es el horizonte de la gratuidad

constituye la identidad misma de lo divino y es el único horizonte donde las cosas, liberadas de la apariencia y de la vacuidad, resplandecen en toda su verdad. Dios es *agapé*, es decir, libertad amorosa que llama a amar, acontecimiento de bondad que suscita otros acontecimientos de bondad, más allá del determinismo del ser y más allá del azar del no ser. Precisamente porque, para la experiencia bíblica, Dios es *agapé*, es decir *gratuidad*, ésta no es una ilusión o solamente un deseo estéril, sino el principio verdadero de lo real, que hace de la invocación no ya una *figura poética*, sino un *acontecimiento ontológico* del que es una mediación reveladora» (p. 229).

Al llegar aquí, el autor hace una oportuna distinción entre la actitud griega y la actitud cristiana ante la oración. Hace así patentes las consecuencias que se siguen para la vida del espíritu de la fe en un Dios-Amor. También en el mundo griego, observa Di Sante, «existe la invocación, pero sin que abra ningún horizonte de *gratuidad* o de *alteridad*, ya que su horizonte es el de la necesidad. Invocar a Dios, para el pensamiento griego, era sólo una *función* y una *ficción* literaria, más allá sólo queda la inexorable necesidad del Hado» (p. 229). Por eso, concluye, «el Padrenuestro se formula en invocativo, más que por razones literarias, por motivos ontológicos, ligados a la constitución misma de lo real» (p. 230). Este horizonte de gratuidad es, para el autor, el horizonte en que coinciden la tradición judía y la tradición cristiana, pues ambas veneran a un Dios que es Amor.

Lucas F. Mateo-Seco

Víctor CODINA, *Los caminos del Oriente cristiano. Iniciación a la teología orien-*